

LA DERROTA DE LOS SUEÑOS

A lo peor no es cierto que existan las ninfas y las hadas, porque yo nunca he visto un pájaro de plata, ni nubes de algodón, ni caballos con alas. A lo peor es una felonía admitir la presencia de los ángeles en la cuna del niño que dormita, y estamos tan dejados de la mano de todo lo sublime, que el exvoto es inútil y lo son esos rezos silenciosos y esotros estentóreos. Que lo mágico sólo es farmacopea. Pero sería hermoso, cuando se va extinguiendo la pavesa, que se enredase al fleco un afecto sincero y un rumor de misterio desvelado.

Mañana volverá la dura realidad (que casi nunca logran borrar completamente) y seremos de nuevo los improbables esclavos que impelerán la nave del progreso. Triste verdad y más triste el nacido que se percata del hondo de las cosas. Hay que pasar ligera, esclerótica y mente, por sobre los montones de basura. Hay que saber cuidarse la celulilla arisca para que no te escarben en ella con uñas encorvadas. Del duelo de las cosas hay que hallar la coraza protectora. Al asco de vivir, una respuesta. En volutas subir y en granizo caerse del sueño que forjó cada cual a sus solas. Debilitar el ánimo que busca una resolución a cada pensamiento irresoluto; a cada maldición por nadie, dicha pero clavada en el fondo de la entraña; a cada sinsabor; a cada miedo por perder el refugio que tenemos. *Un laberinto ciego se nos traga de noche / Un punzón peregrino ejerce bajo forma de conciencia y nos hace / sangrar por el centro del pecho. / La ola del temor que se encabrita. / La serpiente sin cola que despierta. / El consuelo no está rebozando el sentido... / Minuto de sufrir en solitario.* Como huyen las aves del árbol del ombú porque no las asfixie, cada cual se va huyendo de la realidad flagrante de un mismo y sin reconocerse. Hasta que llega el día de ese gran topetazo que sorprende, que asusta y que desgaja en setenta pedazos esparcidos. (Es el momento cumbre; el de cortar penachos que flotaban por sobre la peñeta, y bajar la orejuela avergonzada). Arde en el pebetero una suerte fragante de delicias que nos brindan loor. Vamos adormeciendo nuestra angustia al insalubre credo de pensarnos perfectos, porque nos es precisa una dosis inflada de autoengaño. Colgada en esta rama de tanta indecisión, voy palpando la lira de mis trinos. Una campana asciende su golpe lastimero por alguna archivolta deslucida, mientras me digo acaso que el peso de la tarde es infinito. Las crenchas me revuelve un osado pariente del siroco. Sé que un mochuelo observa desde su oscuridad cada gesto que hago, mientras que algún novicio para esteta se sorprende de que ande despeinada.

En todas las escarchas habla un gesto duro cuando las transité / vestida de pobreza. Y a cada resbalón y golpeteo contra la / carne dura del exilio, se promovió un afán que me crujía toda / Pedí cuentas al sol siempre que presupuse que se aclamó / culpable de

mis cuitas. Mas los astros son burdas criaturas / que envejecen al ritmo de sus sombras.

Los ojos van buscando inéditos paisajes en los que solazarse; siempre al filo de ahogos desatados. No existe solución para el problema inmenso que asesina íntimas complacencias retenidas. No hay escapatoria. Estamos condenados —mis monstruos y yo— al devenir constante en pos de la tragedia. Porque a mí me inyectaron (por bien o para mal) los venenos extraños de la lucha. A mí me proscribieron del suave paraíso de la renunciación, y a cada instante bullo con la ortiga severa del proyecto. *Heme de remontar al lomo sacudido de esa acémila loca que trotea los mundos. / Heme de recostar cada noche rendida, después de bordear las crestas del abismo. / Heme de contemplar al espejo redondo con un gesto viril en la mirada. / Nadie puede explicar con que hierro candente nos señalan. / Nadie sabe por qué unos viven pegados al braseiro, y otros / nos desangramos buscándole mil brillos a una estrella. / Ha nacido mi suerte y mi infortunio de mi propio calor; a / nadie le reprocho mis errores. / ¡Qué Faetón cruel me convence a subir en su carro quemado! / Y así, jugando a hallar un camino perfecto que enaltezca, / quizás me olvidaré de andar con sencillez por otro más humano. / Y volverá del dolor a hundirse la ballesta entre los ojos. / Volverá la pasión a extender frente a mí su velo sonrosado, / y no depondré nunca la actitud belicosa. / ¡No se acabará nunca la pérdida obsesión que me detecto?.*

Sueños, sueños... En sus redes inicuas quedamos atrapados por arte y por manejo de alguna inclinación. Nadie se salva nunca del rejón absoluto que le clava en las sienes lo secreto. Y no hay liberación, puesto que ella vendría de la mano de alguna sensatez preconcebida. Ay qué humanos somos, qué necios y qué locos. Todo y nada será a la medida exacta de los sueños, porque ellos no son de nuestra pobre materia corruptible. Ellos nos sobreviven, nos matan, nos entierran, y se quedan flotando. Los sueños son quizás lo más bello y dañino que se infiltró burlando las distancias; viajan en la nave invisible que recorre de todas las galaxias el océano, y donde encuentran mentes confiadas se instalan y progresan. ¡Presentadles batalla! ¡Que no quede de pie ni un sueño solamente, por más ingenio y dócil que parezca! Sueños, sueños feroces que nos hacen volar en el lomo rabioso de la cábala y, cuando más confiamos que vamos a alcanzar su silueta inasible, nos desploman contra la dura losa de tanta realidad. Sueños, sueños de barro todos, tras los que locamente quemamos energías y nos hacemos terriblemente viejos.

ENCARNACION FERRE